

Un mejor pacto (8.6–13)

El ministerio de Jesús fue el más elevado de todos los ministerios porque se había convertido en mediador del más elevado de todos los pactos, es decir, el nuevo pacto. El viejo pacto era simplemente una «figura y sombra de las cosas celestiales». Era auténtico y según el diseño de Dios, sin embargo, su suprema función era señalar al nuevo pacto que sería resultado de la muerte de Cristo.

Hebreos 8.6–13 nos presenta las principales características del nuevo pacto. ¿Cuáles son estas?

UN PACTO CON MEJORES PROMESAS (8.6, 7)

⁶Pero ahora tanto mejor ministerio es el suyo, cuanto es mediador de un mejor pacto, establecido sobre mejores promesas. ⁷Porque si aquel primero hubiera sido sin defecto, ciertamente no se hubiera procurado lugar para el segundo.

En primer lugar, este nuevo pacto tenía mejores promesas. El versículo 6 tiene un significado especial, en vista de que concluye con el primer tema clave en Hebreos, a saber: que el Nuevo Testamento, que fue consagrado con la sangre de Jesús, es superior y reemplaza al Antiguo Testamento. A medida que avanzaba en su análisis del nuevo pacto, el autor citó el único pasaje antiguotestamentario que específicamente hablaba de este «nuevo pacto», es decir, Jeremías 31.31–34.

Nuestro mediador, Jesucristo, proveyó un mejor pacto con mucho «mejores promesas» (vers.^o 6). Fue aprobado mediante la ofrenda de una vida superior a la de los animales que se sacrificaban durante el primer pacto. El autor de Hebreos usó argumentos lógicos y las Escrituras con el fin de probar que el Señor Jesús es el «mediador de un mejor pacto» (vers.^o 6). La palabra para «pacto» (διαθήκη, *diathēkē*) se traduce como «testamento»

en Hebreos 9.16, 17. De este uso, obtenemos el título «El Nuevo Testamento». El pasaje de Jeremías 31 es un pasaje contextual clave para el concepto de un «nuevo» pacto o testamento.

La palabra «mediador» (μεσίτης, *mesitēs*; vers.^o 6) fue usada en los negocios diarios del siglo primero para referirse a alguien que estaba «en el medio». Esta persona era un árbitro, es decir, un intermediario.¹ Moisés sirvió como mediador durante el viejo pacto (vea Gálatas 3.19), sin embargo, nuestro único mediador hoy es Jesucristo (1^a Timoteo 2.5). ¡Para llegar al Padre, no necesitamos ir por medio de santos, ni de María, ni de ángeles, ni nadie más!

El ministerio de Cristo tiene que ver con «cosas celestiales» (vers.^o 5), las cuales incluyen un nuevo pacto, la iglesia y el perdón verdadero. El viejo pacto tenía mucho que ver con el pecado, sin embargo, no proveía una remisión total o real de los mismos. Esta es la razón por la que la Ley no era considerada «sin defecto» (vers.^o 7; vea Romanos 8.3). Jesús ofrece un «mejor» servicio. Las mejoras se detallan en 8.8–12. El nuevo pacto es mejor que el viejo porque tiene que ver con el corazón, en tanto que el viejo se ocupaba principalmente con los rituales y la forma externa. El nuevo ofrece un verdadero perdón de los pecados, mientras que el viejo se preocupaba con la limpieza ritual. Las promesas del viejo pacto eran para esta vida, sin embargo, las del nuevo son para la vida futura. Para el obediente, el viejo pacto aseguraba una vida duradera en la tierra, mayores cifras, una cosecha abundante, privilegios nacionales, paz y prosperidad. Más allá de esto, el nuevo testamento ofrece vida eterna, lo

¹ F. F. Bruce, *The Epistle to the Hebrews (La Carta a los Hebreos)*, The New International Commentary on the New Testament (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1964), 167.

cual era solo insinuado en el viejo testamento. Si el viejo pacto hubiese sido «sin defecto» (vers.^o 7), no habríamos necesitado uno nuevo y mejor.

UN PACTO DIFERENTE AL QUE FUE QUEBRANTADO (8.8, 9; JEREMÍAS 31.31–34)

⁸Porque reprendiéndolos dice: He aquí vienen días, dice el Señor, en que estableceré con la casa de Israel y la casa de Judá un nuevo pacto; ⁹No como el pacto que hice con sus padres el día que los tomé de la mano para sacarlos de la tierra de Egipto; porque ellos no permanecieron en mi pacto, y yo me desentendí de ellos, dice el Señor.

En segundo lugar, este nuevo pacto sería distinto al viejo pacto que fue quebrantado por el pueblo de Dios. Alguien que escribiera a judíos creyentes no podía usar un argumento más convincente que una cita de sus propias Santas Escrituras. Jeremías había visto la infidelidad de su pueblo durante la Ley como rechazo del pacto hecho en el Monte Sinaí. Había reconocido este rechazo de la ley de Dios como causa principal del fin de Israel como nación. Por supuesto, Dios había diseñado la Ley para ser imperfecta y señaló su falla; sin embargo, también encontró fallas en el pueblo del antiguo Israel.

A ambas casas de Israel y Judá les fueron dadas un nuevo pacto; habían de unirse de nuevo en un solo cuerpo de gentes. Esto sucedió con el establecimiento de la iglesia, esto es, el cuerpo (Efesios 2.14–16). Dios no desea la división; desea que todo Su pueblo esté en un solo cuerpo, la iglesia (Efesios 1.22, 23), el «Israel espiritual» (Gálatas 6.16). Él sabe que los bandos crean conflictos y rencores, sirviendo a Satanás y creando un gran impedimento contra la conversión del mundo (vea Juan 17.20, 21). El nuevo² pacto tenía la intención de remover todos los bandos y las discordias. El hecho mismo en cuanto a que un nuevo pacto fue profetizado demostraba que el viejo pacto tenía defectos; no tendría sentido dar un nuevo pacto si el viejo hubiera sido perfecto.

El versículo 8 obvia el hecho de que la promesa del nuevo pacto fuera dada por medio de Jeremías y a cambio atribuye la cita a su fuente original, esto es, el Señor. La palabra «dice» no se especifica en el texto griego, pero era normal que el autor de Hebreos se refiriera a Dios como el vocero. La profecía de Jeremías 31.31–34, citada en Hebreos 8.8–12, fue dada mientras Judá estaba sufriendo bajo la tiranía de Babilonia durante el cautiverio. El pueblo se preguntaba si alguna vez regresarían

² La palabra para «nuevo» (καινός, *kainos*) significa «de una nueva clase».

a su patria. Se les dio esperanza (Jeremías 31.17); porque no solamente regresarían a su tierra, sino que después recibirían un nuevo y mejor pacto.

Jeremías se había dado cuenta de que, a pesar de que el rey Josías se comprometió con la restauración de la Ley (2^o Reyes 23.3), el pueblo no seguiría su buen ejemplo (Jeremías 3.6–10). Al no haber un arrepentimiento nacional, el nuevo pacto ofrecería una nueva forma de tratar con el pueblo. Dios había creado dentro de la Ley la esencia del defecto (Romanos 8.3); por lo tanto, su historia debió haber dejado impreso en los judíos su propio fracaso en vivir a la altura de la perfección que la Ley exigía.

El nuevo pacto sería hecho con «la casa de Israel» como con «la casa de Judá» (vers.^o 8). El término «Israel» es usado de cuatro formas diferentes en la Biblia³, a saber:

1. En referencia a Jacob como príncipe de Dios (Génesis 32.28).
2. En referencia a todos los descendientes de Jacob (Éxodo 4.22).
3. En referencia a las diez tribus que se rebelaron bajo la dirección de Jeroboam (1^o Reyes 12.19, 20).
4. En referencia a todos los cristianos del nuevo pacto (Romanos 9.6; Gálatas 6.16). Este pacto sería ofrecido a todo Israel (todos los judíos), sin embargo, también sería para todas las razas y nacionalidades que lo aceptarían.

«La casa de Israel» se convirtió en el «Israel de Dios» (Gálatas 6.16) bajo el nuevo pacto. Toda la humanidad puede ser incluida, pese a que no es específicamente aseverado en ninguna parte en Hebreos. Es posible que esto sea porque el autor se daba cuenta de que todavía quedaban algunos prejuicios entre los judíos cristianos. Jesús dijo que Su sangre había de ser derramada a fin de establecer el nuevo pacto (Mateo 26.28). Más adelante, anunció que sería predicado a todo el mundo (Lucas 24.46, 47; Marcos 16.15; Mateo 28.18–20).

La palabra «Judá» (vers.^o 8) quería decir «alabanza» o «él será alabado». Se refería primeramente al hijo de Jacob con Lea (Génesis 29.35); luego a todos sus descendientes o a su tribu (Números 1.7); y luego a los que siguieron a Roboam—incluyendo a las tribus de Judá y Benjamín, junto con algunos de

³ Adaptación realizada de Robert Milligan, *A Commentary on the Epistle to the Hebrews (Comentario sobre la Carta a los Hebreos)*, New Testament Commentaries (Cincinnati: Chase and Hall, 1876; reimp., Nashville: Gospel Advocate Co., 1975), 290–91.

Simeón y de Dan. Después del cautiverio, el nombre «judío» (derivado de «*Ju-dah*») fue dado a las personas de cualquier tribu de Israel, como también a los prosélitos. Fue usado por Pablo para referirse a los cristianos (Romanos 2.29). La expresión usada en la profecía de Jeremías se refería simplemente a todo el pueblo de Dios, a los que obedecían y entraban en la relación del nuevo pacto con Él.

El viejo pacto había sido dado cuando Dios tomó a Israel «de la mano» (vers.º 9b). El lenguaje usado en este pasaje sugiere la imagen de un padre guiando a su pequeño hijo. El pueblo estaba débil e incapaz de salir de Egipto hasta que Dios, «por decirlo de algún modo, puso su mano en la de ellos para sacarlos de la tierra de Egipto, el lugar de su cautiverio».⁴ Dios le dio a Su pueblo un sistema que era idóneo para el progreso espiritual de ellos en ese momento. Necesitaban primeramente darse cuenta de la naturaleza del pecado. El viejo pacto podía mostrar el pecado, sin embargo, nadie podía ser justificado por la Ley (Romanos 3.20; vea Gálatas 3.19–21). Al no poder salvar a los pecadores, no logró reunir las más profundas necesidades del hombre pecador.

Dios encontró defectos en los israelitas porque estos constantemente estaban transgrediendo Su ley. También encontró defectos en el pacto porque este se mantenía condenando. No deseaba que Su pueblo llevara la terrible carga de la culpa para siempre, sin embargo, la culpa constituía el efecto necesario de la vieja Ley. En vista de que Dios no deseaba que el mismo fuera una plaga sobre la humanidad, tenía que reemplazar lo viejo con lo nuevo. El viejo pacto, por lo tanto, no era Su plan eterno. El nuevo pacto no sería como el viejo (vers.º 9a).

Cuando Dios dijo: «Y yo me desentendí de ellos» (vers.º 9e), era el resultado natural de haber rechazado Su pacto (vers.º 9d). La declaración no indica una falta de preocupación ni interés por salvar a Israel. No obstante, Dios deja de tratar con personas cuando estas lo dejan por completo a Él (vea Romanos 1.18, 24, 26, 28).

UN PACTO ESCRITO EN LAS MENTES Y LOS CORAZONES (8.10–12)

¹⁰Por lo cual, este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice el Señor:

⁴ Donald Guthrie, *The Letter to the Hebrews: An Introduction and Commentary (La Carta a los Hebreos: Introducción y comentario)*, The Tyndale New Testament Commentaries (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1983), 175.

Pondré mis leyes en la mente de ellos, y sobre su corazón las escribiré; y seré a ellos por Dios, y ellos me serán a mí por pueblo; ¹¹Y ninguno enseñará a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce al Señor; porque todos me conocerán, desde el menor hasta el mayor de ellos. ¹²Porque seré propicio a sus injusticias, y nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades.

En tercer lugar, este nuevo pacto sería escrito sobre los corazones del pueblo de Dios. Al poner Su Ley «en la mente de ellos» y «sobre su corazón» (vers.º 10), Dios no estaba diciéndoles al pueblo que memorizaran el nuevo pacto, pese a que habían memorizado el viejo pacto en gran medida (Deuteronomio 6.6–9). Algunos, como David, lo habían guardado en sus corazones (Salmos 119.11). El memorizar las Escrituras no garantiza obediencia a lo que se aprende, aunque memorizar es ciertamente beneficioso. Poner la ley «en el corazón» parece querer decir, en efecto, el tener una nueva disposición de corazón. El que tiene la ley de Dios en su corazón se deleita en ella (Salmos 1.1–3) y desea obedecerla; ama la voluntad de Dios. Nadie podría entrar en este nuevo pacto sin llegar a entenderlo y crearlo en su corazón.

Con el viejo pacto, a un niño se le enseñaba a conocer el pacto y a conocer a Dios. Incluso algunos del pueblo del pacto de Dios nunca tomaron a pecho Sus enseñanzas. Esto es indicio de la necesidad de cierta actitud, tal cual instó Pablo a los cristianos de Filipos que cultivaran, diciéndoles: «Haya, pues, en vosotros este sentir [la actitud de Cristo]» (Filipenses 2.5–11). Los cristianos han de tener la misma actitud sumisa de Cristo. Debido a esta nueva disposición, los que están bajo el nuevo pacto desean obedecerlo. A medida que lo obedecemos, se vuelve más precioso para nosotros. Un cristiano maduro obedece por amor, no porque tenga que hacerlo. Llega a ser parte de su forma de ser; es implantado en su mismo corazón.

El concepto de un nuevo corazón o espíritu no solamente se encuentra en Jeremías, en vista de que Ezequiel dio una profecía similar (Ezequiel 11.19, 20), insinuando que el que posea el pacto de esa manera, alcanza obediencia total. Esta idea tenía relación con el regreso de los judíos del cautiverio babilónico. Israel había prometido guardar la Ley (Éxodo 24.7), sin embargo, no ejercitaron el poder moral de corazón para estar a la altura de sus buenas intenciones.⁵ Prevalecía una debilidad «por la carne» (Romanos 8.3). A pesar de que

⁵ Bruce, 173.

David había puesto la ley de Dios en su corazón (Salmos 119.11), aún no logró guardarla de forma perfecta. Por lo tanto, esta expresión significa más que meramente «interiorizar» la Ley.⁶ En el sermón de las bienaventuranzas, Jesús buscó proveerles a Sus discípulos del entendimiento adecuado de lo que Dios pretendía con el viejo pacto. La justicia de ellos había de exceder la justicia formal y externa de los escribas y fariseos, con el fin de que entraran al reino (Mateo 5.20).

El «poder» viene mediante el compromiso total en nuestro corazón por obedecer el nuevo pacto de Dios. Es posible obtener una gran medida de este poder al desear la Palabra del modo que un infante clama por leche, y, como consecuencia, al crecer para salvación (1ª Pedro 2.1, 2).

La persona tiene que realmente estar convertida para poder entrar al nuevo pacto, mientras que un bebe nacía en la carne dentro del viejo pacto. Por lo tanto, el seguir el viejo pacto era más una tradición familiar o nacional que un compromiso personal. El viejo pacto era primordialmente para el pueblo de Israel, sin embargo, el nuevo es para los pueblos de todas las naciones, sean judíos o gentiles. Algunos asumen de forma equivocada que un niño puede entrar al reino mediante la fe de sus padres. Puede que los padres tengan un hijo «bautizado» (usualmente mediante la aspersion), dándose la consecuencia de que este hijo jamás vea la necesidad de conversión ni de obediencia. La persona nacida dentro del viejo pacto tenía que ser enseñado a conocer a Dios (vers.º 11). ¡En el nuevo sucede lo contrario! Llegamos a conocer a Dios mediante el «oír con fe» (Gálatas 3.2). Es necesario tener una fe personal y ser obediente por medio del «nuevo nacimiento», incluyendo un nacimiento «de agua y del Espíritu» (Juan 3.5; 1ª Pedro 1.23; vea 1ª Corintios 4.15). Hebreos 8.8–12 deja por fuera, casi a propósito, pero eficazmente, el bautismo de infantes, porque tal práctica haría nuevamente que el nuevo pacto sea como el viejo, en el cual se tenía que nacer dentro del pacto y luego ser enseñado a «conocer al Señor». En la Era Cristiana, tenemos que «conocer al Señor» mediante el entendimiento del evangelio y la obediencia a las condiciones de Dios para poder entrar al nuevo pacto. Tenemos que aprender las condiciones de Dios para creer en Jesús y obedecer de corazón la «forma de doctrina» correcta mediante el arrepentimiento, la confesión

⁶ Craig R. Koester, *Hebrews: A New Translation with Introduction and Commentary* (*Hebreos: Una nueva traducción con introducción y comentario*), The Anchor Bible, vol. 36 (New York: Doubleday, 2001), 386–87.

de Cristo y la sepultura con Él en el bautismo (Romanos 6.17, 18).

No necesitamos enseñar a nuestros conciudadanos del reino a «conocer al Señor». Dios dijo: «todos me conocerán»—de otra manera, no estarían en el reino de Cristo (vers.º 11). La voluntad de Dios es todavía puesta en nuestros corazones y mentes mediante la enseñanza. Jesús dijo que todos los que vendrían a Dios por medio de Él tenían que ser enseñados primero (Juan 6.44, 45). La fe viene solamente por «el oír [...] la palabra» (Romanos 10.17).

La frase «Y seré a ellos por Dios» (vers.º 10) quiere decir que cada uno de nosotros vendría a Dios de forma personal. El viejo pacto colocaba una gran distancia entre Dios y Su pueblo, tal como se ilustra con el velo del tabernáculo. En el nuevo pacto, podemos acercarnos a Él directamente, pues Él es nuestro Dios y nosotros somos Su pueblo, Su familia. En el viejo pacto prácticamente había un sistema de clases por el que los sacerdotes eran considerados muy por encima de la gente común. Todos los ciudadanos en el reino de Dios son iguales al sacerdote antiguotestamentario.

En un sentido, Israel conocía a Dios porque Este se les había revelado. Él declaró: «seré a ellos por Dios, y ellos me serán a mí por pueblo» (vers.º 10). El rechazar Sus condiciones o no lograr guardarlas equivalía a no conocer a Dios (vea Jueces 2.10). Conocer a Dios era reconocerlo como «su consejero, su protector, su redentor y su guía».⁷ Oseas comparó la vida inmoral del pueblo con no conocer a Dios (Oseas 4.1–3). Este mismo principio se da en el Nuevo Testamento. Un estilo de vida pecaminoso se describe mediante el no haber «aprendido [...] a Cristo» de forma correcta, así leemos:

Mas vosotros no habéis aprendido así a Cristo, si en verdad le habéis oído, y habéis sido por él enseñados, conforme a la verdad que está en Jesús. En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, y renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad (Efesios 4.20–24; énfasis nuestro).

¡Los efesios tenían la obligación de cambiar sus propios corazones! Si hubiesen entendido correctamente y puesto en práctica lo que habían aprendido sobre Cristo, habrían sido «[renovados] en el espíritu

⁷ Gareth L. Reese, *A Critical and Exegetical Commentary on the Epistle to the Hebrews* (*Comentario crítico e interpretativo de la Carta a los Hebreos*) (Moberly, Mo.: Scripture Exposition Books, 1992), 135, n. 42.

de [la] mente» (Efesios 4.23). Era evidente que, si previamente habían poseído tal espíritu, necesitaban reavivarlo, lo cual podía ser hecho obedeciendo el mandamiento de Efesios 5.18, que dice: «No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien sed llenos del Espíritu». Si alguien ama a Dios en su corazón, no deseará ofenderlo pecando.

La bendición más grande que se pueda dar es ahora nuestra, a saber: «... seré propicio a sus injusticias, y nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades» (vers.º 12). Un verdadero perdón era de lo que carecía el viejo pacto (Hebreos 9.9; 10.1, 2, 11). El mismo trataba con ofensas rituales, sin embargo, «¿cómo podía tener efecto en la pureza de corazón y del vivir?».⁸ «Los sacrificios antiguotestamentarios eran un recordatorio de los pecados, no una remisión de los mismos (Hebreos 10.1–3, 18)».⁹ Un hombre podía estar bien en la ceremonia, pero errado en el corazón, sin embargo, se le consideraba justo según estimaban los demás (Lucas 18.9–14). Los ritos de la Ley no llevaban a un entendimiento adecuado de las verdades espirituales, porque sus regulaciones tenían la intención de mostrar la intolerancia de Dios para con el pecado. Tales rituales se convirtieron en meras ceremonias para muchos judíos. Ahora, en lugar de un recordatorio anual de los pecados (Hebreos 10.1, 2), tenemos un recordatorio semanal de la remoción completa de nuestros pecados, cuando participamos de forma sincera en la Cena del Señor (Mateo 26.28). En Cristo, Dios nos trata como si jamás hubiéramos pecado. La base de nuestro perdón no la constituye nuestro arrepentimiento, tal como sucedía durante el viejo pacto, sino, el sacrificio de Cristo (Romanos 8.33, 34). Sin embargo, el arrepentimiento sigue siendo necesario (Lucas 13.3, 5). En Cristo, el pecado que de forma arrepentida se reconoce, será apartado (1ª Juan 1.7–10).

¿Puede Dios olvidar nuestros pecados? Ciertamente, esto quiere decir que Él limpia por completo nuestra culpa y nunca vuelve a inculparnos esos pecados. Aquel que diga: «Yo perdono, pero no olvidaré lo que me has hecho», no ha perdonado de la forma que lo hace Dios.

UN PACTO QUE JAMÁS SE VOLVERÁ OBSOLETO (8.13)

En cuarto lugar, este nuevo pacto jamás se

⁸ Neil R. Lightfoot, *Jesus Christ Today: A Commentary on the Book of Hebrews (Jesús hoy: Comentario sobre el libro de Hebreos)* (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1976), 160.

⁹ Warren W. Wiersbe, *Be Confident: An Exposition Study of the Epistle to the Hebrews (Ten fe: Estudio expositivo de la Carta a los Hebreos)*, (Wheaton, Ill.: Victor Books, 1982), 93.

volverá obsoleto. Cuando Dios instituyó «un nuevo pacto», volvió obsoleto el primero. «... lo que se da por viejo y se envejece, está próximo a desaparecer» (vers.º 13).

Las palabras mismas «nuevo pacto» revelaban que el primero era viejo y obsoleto. Pablo usó el término «antiguo» en referencia al pacto anterior en 2ª Corintios 3.6, 14. Dar por «viejo» el primer pacto quería decir «dejar de ser necesario», lo cual sería evidente a todos cuando se desvaneciera. Este desvanecimiento (desaparición) estaba por ocurrir; el viejo pacto estaba llegando a su fin por ser viejo. La NEB consigna: «... todo lo que se envejece y se vuelve anticuado está pronto a desaparecer». La palabra griega para «desaparecer» (ἀφανισμός, *aphanismos*) proviene de la misma palabra para «desvanecerse», la cual se usa en Santiago 4.14 para referirse a la neblina que aparece y luego repentinamente se va.

El viejo pacto ha sido clavado en la cruz (Colosenses 2.14). Jesús lo insinuó en Mateo 5.17, 18. En la cruz, Él declaró: «Consumado es» (Juan 19.30), lo cual ciertamente quería decir algo más que «Mi vida se ha acabado». Jesús le había dicho a Su Padre en Juan 17.4 que había «acabado» la obra que se le había encomendado. Como sistema religioso dado y aprobado por Dios, el judaísmo terminó con la muerte de Cristo.

Sin embargo, como sistema que se centraba en el templo y que por mucho tiempo fue considerado como sagrado, al judaísmo se le permitió permanecer otros cuarenta años. Desde el punto de vista humano, finalmente desaparecería en 70 d. C., cuando el ejército romano no dejó piedra sobre piedra (Mateo 24.2). Jesús había presagiado la destrucción del templo (Marcos 13.2), y Esteban había anunciado su fin (vea Hechos 6.14). En el Nuevo Testamento no hay indicios de que el templo sería reconstruido ni que los sacrificios levíticos serían restaurados. Estos desaparecieron de la tierra para siempre. El vestigio, o sombra, del judaísmo que hoy queda es solamente un cascarón del viejo pacto. Construir el templo constituiría un derribamiento de todo el nuevo pacto por el cual somos redimidos por medio de Cristo. Sería un retroceso de lo superior a lo inferior.

PREDICANDO SOBRE HEBREOS

UN MEJOR PACTO (8.6)

Cuando Jesús dijo que Su sangre introduciría un nuevo testamento o pacto (Mateo 26.28), indudablemente estaba tomando prestado de la forma como lo dijo Moisés en Éxodo 24.8, donde dice:

Entonces Moisés tomó la sangre y roció sobre el pueblo, y dijo: He aquí la sangre del pacto que Jehová ha hecho con vosotros sobre todas estas cosas.

Al mismo tiempo, Jesús hizo un contraste marcado y deliberado, puesto que agregó las palabras «para remisión de los pecados». Moisés usó la sangre de un animal; en la Última Cena, Jesús usó el «fruto de la vid» (Mateo 26.29) para representar Su propia sangre, la cual sería derramada al día siguiente. Moisés habló de un pacto de leyes, Jesús habló de un pacto de gracia, amor y de misericordia. Moisés describió un perdón parcial de los pecados para que Dios pudiera tratar con Su pueblo; Jesús proveyó el verdadero y total perdón de los pecados para que Dios pudiera vivir con Su Pueblo de una forma diferente.¹⁰

¿Por qué es mejor el nuevo pacto?¹¹ Es conciliatorio. Le permite a todo el pueblo de Dios unirse en un solo cuerpo (Efesios 2.14–18). Busca lo interno, permitiendo recibir la motivación de adentro de nuestros propios corazones, donde la Palabra tiene que morar con el fin de que podamos estar en el reino y cosechar los beneficios del nuevo pacto. Es universal, habiendo sido diseñado para traer a toda la humanidad bajo el manto de la misericordia de Dios en Cristo (Mateo 28.18–20). Es generoso, en cuanto a que ofrece perdón para todos (Hebreos 2.9). Finalmente, es permanente; se nos ha asegurado de que durará para siempre. Jamás se volverá obsoleto ni anticuado.

EL NUEVO PACTO (8.7)

Hay varias verdades importantes a las que se deben poner atención, a saber:¹²

1) *Es un pacto que da seguridad.* Nos asegura que Dios es nuestro Dios y que nosotros somos Su pueblo (vers.º 10). Nos asegura que cuando estamos en esta relación de pacto con Él, olvida nuestros pecados (vers.º 12), lo cual es cierto porque Dios se compromete hacer algo haciendo uso del tiempo futuro en seis ocasiones al hablar en 8.10–12. Podemos estar confiados en que hará lo que dice.

2) *Es un pacto de obediencia.* Dios hace Su parte, sin embargo, nosotros también tenemos que poner

¹⁰ Esta idea fue adaptada de Ray C. Stedman, *Hebrews* (*Hebreos*), The IVP New Testament Commentary Series (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1992), 87.

¹¹ Lo que sigue es una adaptación realizada de Raymond Brown, *The Message of Hebrews: Christ Above All* (*El Mensaje de Hebreos: Cristo está sobre todo*), The Bible Speaks Today (Downers Grove, Ill.: Inter-Varsity Press, 1982), 150–51.

¹² Lo que sigue es una adaptación de Neil R. Lightfoot, *Everyone's Guide to Hebrews* (*La Guía para todos a Hebreos*) (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 2002), 108–11.

de nuestra parte reuniendo las condiciones establecidas. La palabra para «pacto» (*diatheke*) indica alguien superior que presenta un ofrecimiento a ser recibido y condiciones a ser reunidas. Dios prometió hacer de Israel Su pueblo especial (Éxodo 19.5, 6), lo cual también ha hecho también con los cristianos (Tito 2.14; 1ª Pedro 2.5, 9). Sus leyes están ahora escritas en nuestros corazones, sin embargo, ¿qué quiere decir esto? Tenemos que obedecer a Dios en nuestros corazones. Si la ley de Dios está en nosotros, lo podemos hacer (Deuteronomio 30.11–14; Ezequiel 11.19, 20; Salmos 40.6–8). Los judíos mantenían la Ley a distancia, incluso elaboraron sus propias tradiciones. Originalmente, pretendían hacer de estas tradiciones una barrera protectora para evitar que las personas quebrantaran la Ley, sin embargo, sus tradiciones se volvieron más valiosas para ellos que la Ley misma (vea Mateo 15.5–9). El conocer a Dios incluye hacer Su voluntad. Oseas acusó a los israelitas inmorales de no conocer a Dios; la nación había de ser destruida por su falta de conocimiento (Oseas 4.1, 2, 6). Jeremías también declaró que conocer a Dios significaba ejercitar juicio y justicia; no conocer a Dios se mostraba en el derramamiento de sangre inocente y en la opresión al débil (Jeremías 22.15–17). Hoy nadie realmente conoce a Dios a menos que haya obedecido el evangelio (2ª Tesalonicenses 1.6–10).

3) *Es un pacto de gracia.* Dios es, sobre todo, «misericordioso» con nosotros (vers.º 12). Su misericordia se prueba mediante Su ofrecimiento de perdón. Este constituye el punto central del Nuevo Testamento (vea 10.16–18; Mateo 26.28).

4) *Es un pacto permanente.* El viejo pacto era anticuado y tenía que ser quitado inmediatamente después de que se escribiera la carta (vers.º 13). La frase «lo que se da por viejo» (un presente indicativo) indica que el viejo sistema todavía estaba vigente para cuando se escribió Hebreos, sin embargo, ya era «viejo» (expresado por un aoristo griego, es decir, una acción terminada). ¿Cómo podía ser ambas? Cristo ya estaba activo como el Sumo Sacerdote en el nuevo pacto; sin embargo, el templo, con sus servicios que estaban decayendo, aún no se había desvanecido. Este versículo tenía que ser una referencia a la destrucción venidera de Jerusalén en 70 d. C.

ISRAEL Y JUDÁ (8.8)

Algunos especuladores premileniales creen que el nuevo pacto no ha sido aún dado en vista de que aún no ha habido una restauración total de los reinos físicos de Israel y Judá. Si el nuevo pacto lo requiriera, entonces nuestra confianza en

el perdón total de los pecados en nuestros días sería destruida. Si ningún elemento de la profecía de Jeremías 31.31–34 no fue cumplido en el nuevo pacto de Cristo que fue instaurado en el Día de Pentecostés (Hechos 2), entonces ninguno de ellos lo fue. Ha sido cumplido y los cristianos sí tienen el perdón total de los pecados en la iglesia. El perdón y el nuevo pacto van juntos. Creer que el nuevo pacto comenzaría a tener vigencia dos mil años o más después de la muerte de Cristo no habría sido de gran ayuda en persuadir al débil en la fe a dejar el judaísmo atrás cuando leyeran Hebreos. El hecho de que la profecía de un nuevo pacto que venía ha sido cumplida es obvio para todo el que le presta una atención adecuada a Hebreos 8–10. El nuevo pacto es lo que le da un mayor sentido al vivir por Jesús.

Judá e Israel son claramente figuras para referirse a todo el pueblo de Dios. Estamos en una nueva relación de pacto con Dios por medio de Cristo en la iglesia (Hebreos 8.8).

UNA ENSEÑANZA FIEL (8.8, 9)

Tenemos que comenzar donde estén las personas cuando deseemos llevarlas a Cristo, del modo que lo hace Hebreos. Si un judío cree en las Escrituras del Antiguo Testamento, entonces debemos comenzar ahí, como lo hizo Felipe con el etíope, pues dice: «Entonces Felipe, abriendo su boca, y comenzando desde esta escritura, le anunció el evangelio de Jesús» (Hechos 8.35). Los judíos han sido esparcidos por todo el mundo, así como lo había profetizado Jeremías (Jeremías 9.16). Ellos, junto con sus Escrituras, sirven como testimonio del Cristo. Podemos usar el Antiguo Testamento para demostrar que la Biblia judía, que ha sido conservada de forma separada de otros escritos cristianos, sirve a ese propósito. Tal evidencia puede persuadir a muchos a volverse a Cristo. Otros no tienen nada que confirmen su fe ni sus escrituras, del modo como tienen los cristianos. Tenemos a nuestro Señor resucitado y Escrituras judías independientes que respaldan el cumplimiento neotestamentario de profecías antiguotestamentarias. Los judíos, con su sagrado libro, serán siempre un testimonio de Cristo. Viven en todas partes del mundo como un apoyo a la fe. El Antiguo Testamento sigue consolándonos e instruyéndonos (Romanos 15.4; 1ª Corintios 10.11; Gálatas 3.24).

ESCRITAS SOBRE EL CORAZÓN (8.10)

Algunos alegan que este pasaje sugiere un poder nuevo puesto en nuestros corazones mediante la acción directa del Espíritu Santo, capacitando

al cristiano a vencer el pecado totalmente. Si el Espíritu de Dios hubiere infundido un poder especial para vencer el pecado, repercutiría en el Espíritu y Su poder cuando cualquier cristiano en particular no tiene éxito. ¿Recibimos una «naturaleza divina» durante la conversión? Algunos usan 2ª Pedro 1.2–4 para afirmar tal cosa, sin embargo, eso no es lo que dijo Pedro. Este declaró: «para que [...] llegaseis a ser» partícipes de la naturaleza divina. Esto es, a los cristianos se les da la oportunidad de crecer para convertirse en plenos participantes de esa naturaleza. Pedro agregó que podríamos crecer para la salvación suprema, lo cual es ciertamente la meta de una «naturaleza divina», mediante el cultivo de las virtudes cristianas (2ª Pedro 1.5–11). También dijo: «vosotros también, poniendo toda diligencia por esto mismo, añadid...» (1.5). Mediante el esfuerzo diligente, el cristiano puede alcanzar la meta de nunca caer. (El que no tropieza, no cae; vers.º 10.) El Espíritu no se señorea del comportamiento humano. Dios no usa la coerción en el corazón humano.

«Y sobre su corazón las escribiré» quiere decir que hacemos de la voluntad de Dios el centro mismo de nuestras vidas, que la tomamos en cuenta en cada decisión que tomamos y que seguimos Su revelación diligentemente. No reverenciamos nada que esté sobre piedras; más bien, nuestros corazones están llenos del Dios y Padre que amamos. Es el deseo de amar y obedecer a Dios lo que introduce de un modo más completo en nosotros seres la naturaleza divina. Cuando amamos a Dios, las clases bíblicas, el canto y la adoración nos parecerán alegres y emocionantes. Una sencilla oración al Padre puede producir lágrimas de alegría al que, con fe, ha llegado a conocer verdaderamente a Dios. Cuando genuinamente conocemos y amamos a Dios, dejaremos de verle como a una Deidad vengativa y airada, sino como a un Padre amoroso. Seremos inundados de emociones indecibles al saber que un pecado reconocido delante de Dios en los cielos es inmediatamente borrado de nuestras vidas. Le creeremos completamente a Romanos 8.31, donde dice que Dios es por nosotros. Escribamos Su Palabra sobre nuestros corazones (vea Jeremías 31.33).

LAS LEYES EN SUS MENTES (8.10)

Los que creen que su «libertad en Cristo» remueve toda ley y restricción en ellos, están desafortunadamente equivocados, pues demostramos nuestro amor al Señor guardando Sus «mandamientos» (Juan 14.15). El amor es en efecto el cumplimiento de la ley (Romanos 13.8–10), sin embargo, esto

de ninguna manera quiere decir que toda ley es removida simplemente porque amemos al Señor. Nadie es justificado por la Ley de Moisés ni por cualquier otro sistema de leyes, sin embargo, un «pacto» implica promesas llevadas a cabo sobre la base de ciertas condiciones.

Pablo sabía que él era libre de la ley de Moisés, sin embargo, reconocía que él seguía «bajo la ley de Cristo» (1ª Corintios 9.21). Es el acuerdo, o contrato, de Dios con nosotros, y el mismo exige nuestra sumisión. ¿Puede alguien realmente demostrar su amor por el Señor sin ser obediente? ¿Puede alguien ser salvo sin obedecer el evangelio (2ª Tesalonicenses 1.6–10; 1ª Pedro 4.17)? No es de extrañarse que Samuel le dijera a Saúl así: «Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar atención que la grosura de los carneros» (1º Samuel 15.22b).

Nadie puede obtener la salvación mediante el cumplimiento de alguna ley, porque nadie vive de forma perfecta (Romanos 3.23). Pese a que nadie puede «obtener» salvación, cada uno tiene que responder de su propia iniciativa al llamado amoroso de Cristo (Mateo 11.28–30; Apocalipsis 3.20). Aun cuando hayamos obedecido todos los mandamientos (o cumplido con nuestro deber), seguimos siendo «siervos inútiles» (Lucas 17.10). Es por la gracia de Dios que todos somos salvos.

LA COMUNIÓN CON DIOS (8.10, 11)

Las declaraciones «seré a ellos por Dios» y «todos me conocerán» son importantes promesas del nuevo pacto. Tenemos una comunión continua con Dios cuando caminamos con Él y vivimos por Él. La anterior no es una idea aislada de las Escrituras; la misma es insinuada de diferentes formas. En Apocalipsis 3.20, Jesús prometió cenar con el que «abre la puerta» de su corazón y le permite entrar a Él. Oró por los cristianos en Juan 17.21 diciendo: «para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste». Los cristianos pueden estar «en» ambos, el Padre y el Hijo, lo cual ciertamente sugiere el concepto de una relación íntima. Jesús aseveró que los discípulos son «pámpanos de la vid» y Él es la vid (Juan 15.5). Es deber de los discípulos «permanecer en» Cristo, la vid; si no es así, serán cortados y quemados como pámpanos (15.6). «[Andar] en luz» (1ª Juan 1.7) es caminar en Cristo, o seguirle.

Nuestro Dios está en íntima relación con nosotros hoy; somos Sus hijos en esta vida presente. Pablo amonestó a los corintios a salir del mundo y apartarse—dando como resultado que seremos

Suyos y Él nuestro (2ª Corintios 6.16–18). Si bien Apocalipsis 21.3, 4 es a menudo usado para referirse al cielo, Dios mora con nosotros ahora. Él quita nuestros sufrimientos y temores, retirando el aguijón de la muerte (vea Hebreos 2.14, 15). En Cristo, somos libres de servidumbre. El hecho de que tenemos a Dios constituye una realidad presente. El nuevo pacto promete todo eso y más.

Cuando el fin del tiempo venga, Dios morará con nosotros plenamente y para siempre. La iglesia constituye la realidad presente que anuncia el cielo (Apocalipsis 21.3). El cumplimiento mayor de la promesa es cierto en una manera que no puede ser reivindicada para nuestras vidas en este mundo.

Algunos creen que este pasaje significa que bajo el nuevo pacto cada discípulo tiene una «relación personal y directa con Dios». Esto es alegar demasiado. Bajo el nuevo pacto, aún andamos por fe, no por vista (2ª Corintios 5.7). Conocemos a Dios por, y mediante, la fe que viene por la Palabra (Romanos 10.17), no mediante una «experiencia personal».

Dios nos conoce personalmente, sin embargo, nosotros no le conocemos de esa manera. Le podemos conocer de todas las formas que necesitamos hacerlo, es decir, mediante el estudio de la Biblia y nuestro crecimiento en el conocimiento y la fe. Las experiencias en la vida, buenas como malas, pueden ayudarnos a apreciar más Sus promesas y bendiciones. En efecto, tenemos que tener una fe personal en Dios, sin embargo, cualquier experiencia con Él que hará de nuestra relación algo mutuamente «personal» tiene que esperar llegar a la gloria.

LA FE Y LA ARQUEOLOGÍA (8.13)

El templo pronto desaparecería para cuando se escribió Hebreos: «Pese a que el sol se había levantado, la luna aún no había desaparecido».¹³ Jesús había hecho el anuncio: «no quedará aquí piedra sobre piedra, que no sea derribada» (Mateo 24.2b). La razón de la destrucción del templo ha sido debatida. Josefo dijo que Tito había dado la orden de no destruirlo. Puede que el fuego que consumió el templo sea en parte una razón; recuerde que gran parte del templo estaba cubierto de oro. A medida que el intenso fuego derretía el oro, parte de este tuvo que haberse introducido en las grietas de las piedras. La única manera en que los soldados podían recuperar el oro era desque-

¹³ Arthur W. Pink, *An Exposition of Hebrews (Una exposición sobre Hebreos)* (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1954), 436.

brajando las piedras. Entonces, las lanzaron abajo en la calle. Los «edificios» (Mateo 24.1) del templo fueron completamente destruidos, y muchas de las piedras de estos todavía yacen hoy en el lugar donde cayeron en 70 d. C. Otras fueron indudablemente usadas para construir casas en Jerusalén. Pocos escépticos han alegado que ni siquiera había un templo en Jerusalén, sin embargo, la evidencia arqueológica ha demostrado su equivocación.

La arqueología constituye una gran herramienta para el estudiante y el investigador bíblico, sin embargo, jamás puede sustituir la evidencia bíblica misma para crear fe en Dios y en Su Palabra. Puede ciertamente adornar la evidencia que se da por fe y suple muchos datos

interesantes que ilustran nuestro entendimiento de la Biblia, sin embargo, jamás puede probar que Dios es, que Cristo nació de una virgen, ni que se levantó de los muertos. La fiabilidad histórica de la Biblia será atestiguada una y otra vez a medida que se hagan más descubrimientos de artefactos. Ha sucedido tan a menudo en el pasado que nos preguntamos por qué algún lector inteligente dudaría de la Biblia. Por ejemplo, la Biblia habló de Pilato mucho tiempo atrás, sin embargo, la arqueología no confirmó su existencia histórica hasta en 1961, cuando una inscripción de su nombre fue descubierta en una piedra en las ruinas de Cesarea. Tal descubrimiento no produce fe, sin embargo, puede estimular gran consuelo y alegría en el creyente.

Autor: Martel Pace

©Copyright 2006, 2010, por LA VERDAD PARA HOY

Todos los derechos reservados